

# MANUAL DE SUPERVIVENCIA

Libros para tiempos de crisis



JUAN CARLOS RODRÍGUEZ

# Literatura que transforma

**E**n el fondo, el deber de todo escritor es añadir “bondad al mundo”.

Es lo que sostenía **Danilo Kis** (Subotica, 1935-París, 1989). Restaurado por fin en el escaparate literario como uno de los grandes nombres de la literatura contemporánea, el testimonio de Kis encuentra de nuevo eco con *Laúd y cicatrices* (El Acanalado), que ha repuesto al autor en el lugar que le corresponde a partir del eco de *La enciclopedia de los muertos y, especialmente, Una tumba para Boris Davidovich*. Su peripecia vital como superviviente de la matanza de Novi-Sad hizo que Kis transformara su literatura en textos de carácter autobiográfico en donde combatía los peores fantasmas del destino y la muerte, en la línea de los sobrecogedores testimonios de **Primo Levi**. El ejemplo de Kis –el de su literatura y el de su éxito tardío como verdadero autor de culto– sirve en cierto modo para introducirnos en un manual de supervivencia para tiempos de crisis que toma de la literatura, en un intencionado equilibrio entre clásicos y novedades, un afilado e imprescindible instrumento para afrontar y combatir la inestabilidad, vital y laboral. En contextos de crisis, la literatura nos da otro lugar, otro tiempo, otra lengua, una respiración. Se trata de la apertura de un espacio que permite la ensoñación, el pensamiento, y que da ilación a las experiencias. “Una crisis es como una ruptura –afirma la antropóloga francesa **Michèle Petit** en *El arte de la lectura en tiempos de crisis* (Océano)–, un tiempo que reactiva todas las angustias de separación, de abandono, y produce la pérdida de ese sentimiento de continuidad que es tan importante para el ser humano. La literatura, las narraciones, entre otras cosas, nos reactivan ese sentimiento, no sólo porque tienen un comienzo, un principio y un

**En estos tiempos de crisis, de inestabilidad laboral y vital, la literatura se antoja más necesaria que nunca.**

**Y no sólo como evasión, sino como aprendizaje.**

**Un elenco de títulos y autores –entre clásicos y novedades– se dan cita en estas páginas a modo de manual de supervivencia para la incierta travesía actual.**

**Gracias a sus historias, volveremos a sentir el placer de leer, atesoraremos experiencia y conocimientos y descubriremos en esa literatura un arma de resistencia y combate frente al caos, el aburrimiento o la soledad, que acaba por transformar nuestras vidas.**

fin, sino también por el orden secreto que emana de la buena literatura. Es como si el caos interno se apaciguara, tomara forma”. Es, en cierto modo, lo que **Richard Ford** sostiene: que “el arte es orden, la vida incertidumbre”. Eso explica cómo el arte actúa en nosotros, según Petit: “Una de las mayores angustias humanas es la de ser caos, fragmentos, cuerpos divididos, de perder el sentimiento de continuidad, de unidad. Uno de los factores por los cuales la lectura es reparadora es que el relato facilita el sentimiento de continuidad. Una historia tiene un principio, un desarrollo y

un fin; permite dar una unión a algo. Y, a veces, escuchando una historia, el caos del mundo interior se apacigua y, por el orden secreto que emana de la obra, el interior podría ponerse también en orden. El mismo objeto libro da la imagen de un mundo reunido”.

La literatura es necesaria, más que nunca en tiempos de crisis. Y no sólo como evasión, sino como aprendizaje, como cúmulo de experiencia, como travesía, como conocimiento o como placer, incluso, según lo entiende el crítico **John Carey**, autor de la antología *Puro Placer* (Siglo XXI), porque “sólo si son realmente absorbentes” las novelas, relatos o poemas podrán cumplir su función. Aunque esa función, siguiendo a **María Zambrano**, tan sólo pueda a veces ser definida rudimentariamente como “algo”. Así lo escribió en *Hacia un saber sobre el alma*: “Lo que se publica es para algo, para que alguien, uno o muchos, al saberlo, vivan sabiéndolo, para que vivan de otro modo después de haberlo sabido; para librar a alguien de la cárcel de la mentira, o de las nieblas del tedio, que es la mentira vital”. ¿Cuál es el libro que lee Hamlet cuando entra en escena, en el segundo acto? A la pregunta de Polonio, contesta: “Palabras, palabras, palabras”, evadiéndonos título o autor. Pero si esas “palabras, palabras, palabras” consiguen “algo” en el lector, están cambiándonos, están descubriéndonos un nuevo horizonte, están mostrándonos un nuevo camino. Al novelista **Kiko Amat** le gusta decir que “leer es saber que estás vivo cuando lo estabas olvidando. Y sin **John Osborne**, **Susan Hinton**, **Jim Dodge**, **Ken Kesey**, **Joseph Heller**, **Brendan Behan**, **Richard Brautigan**, **Kenneth Patchen**, **Alan Sillitoe**, **Francisco Casavella** o **Nelson Algren** la vida sería mucho más aburrida”. Por todo ello: leer en cierto modo permite superar el demonio de lo inesperado, encontrar en la figura de la madre testimonios de superación,



descubrir nuevas aventuras vitales, refugiarse en la fidelidad del amor, examinar el grotesco mundo del dinero o comprender a la multitud desde la soledad. A ello vamos. No sin antes recurrir al narrador colombiano **Héctor Abad Faciolince**: “Probablemente, la existencia no tenga ningún sentido. Pero es casi seguro que al menos tenga uno, así sea uno solamente: existir vale la pena porque se sienten cosas. Y eso es lo que hace el arte, el arte nos hace sentir cosas, el conocimiento nos hace sentir cosas, y nos hace sentir las más, con más intensidad, es decir, nos hace vivos doblemente. Hay dos maneras de sentir con gran intensidad: viviendo y leyendo. Y esas dos experiencias, además, se retroalimentan: cuanto más se ha vivido, con más hondura se lee, cuanto más se lee, con más intensidad se vive”.

**Italo Calvino** afirmaba en su didáctico y estupendo *Por qué leer los clásicos* (Siruela) que “son libros que ejercen una influencia particular, ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual”. Puede que el hecho de leer a los clásicos parezca “estar en contradicción con nuestro ritmo de vida, que no conoce los tiempos largos, la respiración del *otium* humanístico, y también en contradicción con el eclecticismo de nuestra cultura, que nunca sabría confeccionar un catálogo de los clásicos que convenga a nuestra situación”. Pero, sea como sea, la conclusión final de Calvino sigue siendo válida en estos tiempos de ruido y aprensión: “La única razón que se puede aducir es que leer los clásicos es mejor que no leer los clásicos”. Y, entre otras cosas, porque un “clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir”. Quizás, por ello, las editoriales y las colecciones dedicadas a esos clásicos –y esto vale tanto para los antiguos como para los modernos– proliferan como nunca. Jamás habían llegado



tantos a los mostradores de novedades. “En tiempos de crisis, la gente busca valores seguros. Si se van a gastar 20 euros en un libro, quieren la garantía de que el autor es bueno. No es buena época para apostar a ciegas”, según **Enrique Redel**, director editorial de Impedimenta, que encabeza un amplio florilegio de editoriales como Asteroide, Nórdica, Belvedere, Funambulista, Minúscula, Marbot, Navona o Periférica a rescate de los clásicos... Ahí están los *Ensayos* de **Montaigne**, las *Memorias de ultratumba* de **Chateaubriand** o *Soy un gato* de **Natsume Soseki**, de nuevo de moda, como demostración. Es obvio, no obstante, que detrás de que “clásicos muy justamente olvidados cobren nueva vida”, como describe el editor de El Acanalado, **Jaume Vallcorba**, hay también una búsqueda de estas jóvenes editoriales por valores seguros de títulos sin derecho de autor, sin agencias literarias –aunque la mayoría, que no todos, apuestan por nuevas traducciones–, simplemente recurriendo a la historia de la Literatura, a veces tan olvidada. Todo esto, para afirmar junto a Calvino, que “leer por primera vez un gran

libro en la edad madura es un placer extraordinario”. Porque, además, en los clásicos a veces se descubre nuestro propio destino.

Clásicos, sí, pero también novedades. El editor **Andreu Jaume** tiene una explicación para el “boom” clásico. Y es simple: “Si la literatura contemporánea fuera mejor, no habría que publicar tantos clásicos”. No es exacto del todo. Primero, porque somos lectores con retraso de décadas –en el mercado anglosajón o el francés, los clásicos llevan años surtiendo el mercado– y, en segundo término, que esa palabra,

precisamente, *mercado*, oculta la verdadera profundidad de la oferta, privilegiando lo que más vende, sobre todo lo demás. Por eso, además de clásicos, vamos a rescatar entre las novedades novelas que no están –o no entrarán– en los rankings de libros más vendidos. Son una minoría que se da a conocer en pequeñas tiradas, de maneras artesanales, en pequeños círculos de lectura. No cumplimos más que el deber de todo lector, según **Manuel Fernández Cuesta**, director-editor de Ediciones Península (Grup 62): “Sabido es que la lectura es una actividad individual. Un acto íntimo provocado por la relación entre el sujeto y el libro. Pero si esta acción no influye en el discurso colectivo dominante, si el trato con las imágenes, personajes, símbolos, sensaciones e ideas no genera crítica social y, por extensión, no facilita la participación juiciosa de la ciudadanía en los asuntos públicos, el hecho en sí quedará relegado a la mera intimidad, convirtiendo el ejercicio en una especie de autismo semántico o superflua exaltación de la subjetividad: un entretenimiento fugaz. Leer es el paso (necesario) del yo al nosotros. Un salto necesario para la profundización de la identidad colectiva”.

Sirvan de ejemplo dos novelas más o menos recientes sobre libros y lectores que, en cierto modo, representan, desde diversos ángulos, este destino común de la literatura. En primer lugar, la epistolar *La sociedad literaria y el pastel de piel de patata de Guernsey* (RBA), de **Mary Ann Shaffer** y **Annie Barrows**. Durante la ocupación alemana de la isla británica de Guernsey, en el Canal de la Mancha, algunos vecinos formaron una llamada “Sociedad Literaria y del Pastel de Piel de Patata”, pero no lo hicieron por su afición a los libros, sino como forma de eludir la prisión de los invasores. No obstante, una vez formada, el interés por la literatura floreció entre ellos, porque descubrieron





que **Austen**, **Wilde**, las **Brönte**, pero también clásicos griegos y romanos, podían ayudarles a sobrellevar la invasión con mucha más eficacia que el resto de consuelos.

**Penélope Fitzgerald** es la autora de *La librería* (Impedimenta). Otra novela deliciosa y británica, a lo Jane Austen, sobre el amor a los libros. Florence Green, su protagonista, está decidida a abrir una librería en un pequeño pueblo inglés del Mar del Norte llamado Hardbourough al que llega un buen día de 1959. Pero el pueblo se le rebela, oponiéndose a ello. Una serie de personajes entrañables: el señor Raven, los Scouts del Mar, el señor Brundish y la pequeña Christine le ayudarán. Primero, deberán sembrar en el pueblo el amor por la lectura. Una osadía. Es Christine la que lo dice: “Deje que le diga qué es lo que más admiro del ser humano. Lo que más valoro es la virtud que comparte con los dioses y con los animales, y que, por tanto, no debería considerarse una virtud. Me refiero al coraje. Usted, Señora Green, tiene esa cualidad en abundancia”. Un libro, y eso lo sabía la Señora Green, mientras no se lee, es solamente ser en potencia, tan en potencia como una bomba que no ha estallado. “Y todo libro ha de tener algo de bomba, de acontecimiento que al suceder amenaza y pone en evidencia, aunque sólo sea con su temblor, a la falsedad –escribió María Zambrano–. Como quien lanza una bomba, el escritor arroja fuera de sí, de su mundo y, por tanto, de su ambiente controlable, el secreto hallado”.

## EL DEMONIO DE LO INESPERADO

Pero es la realidad misma, la crisis y sus consecuencias, la que en muchos casos tensa la cuerda y rompe el tedio o la serenidad, la confianza o la seguridad. Un viaje a lo inesperado. Hay



novelas, como *Los demonios* (El Acanalado), obra cumbre del austríaco **Heimito von Doderer**, que comparte, siendo muy distinta, cierta hegemonía con *Moby Dick*, con el *Viaje al fin de la noche*, con *El ruido y la furia*, grandes novelas en las que se descubre la vida misma y sus implicaciones desde múltiples ángulos, alcanzando la cumbre de la creatividad. Hay quien se pregunta si es bueno leer novelas en tiempos de crisis para evadirse de la realidad. Por supuesto, pero mejor quizás sea atreverse a adentrarse con inteligencia, sensibilidad, curiosidad y tesón, por ejemplo, en la Viena de Von Doderer, que descubrirá escenarios, comportamientos y consecuencias no pensadas. Tras dedicarse durante veinticinco años a la obsesiva composición de esta novela, sin saber a ciencia cierta a dónde lo llevaría, Von Doderer (Viena, 1896-1966), se ha ganado un lugar propio en la historia de la Literatura contemporánea como el gran

cronista de Viena. Cronista, sí, es un adjetivo que encarna perfectamente el recorrido por esta Viena de entreguerras, en la que van ensartándose minuciosamente un inmenso corolario de personajes, que para Von Doderer no son más que un elemento del paisaje, de esa Viena en la que convive el suntuoso imperialismo y la decadencia provinciana. Más allá de que nos suene exagerado paralelismos con **Proust** o **Musil**, en Von Doderer habita una extraordinaria voluntad de que, a través de la literatura, se vea, se sienta, se viva una ciudad en la que ya se intuye que algo terrible va a desencadenarse. Ciertamente que la novela adolece de un componente demoníaco,

como algunos críticos han visto, pero para el autor austríaco lo demoníaco es lo inesperado, lo que se augura, lo que obligará a romper con toda esa normalidad que tan rigurosa y secuencialmente ha retratado.

Son los demonios del nazismo. Que de amenaza, con **Boris Pahor** (Trieste, 1917), como con Primo Levi, **Imre Kértesz** y **Robert Antelme**, ya es memoria funesta. La gran memoria del holocausto. *Necrópolis* (Anagrama) muestra la honda capacidad de Pahor para, partiendo de su propia autobiografía, llegar al corazón del lector. Estamos en el campo de concentración de Natzweiler-Struthof, en la Alsacia, un hombre acaba de llegar junto a un grupo de turistas. No es un visitante cualquiera: es un ex deportado que regresa al lugar de su encierro. De pronto, frente al barracón y el alambre de espino, transformados ahora en museo, afloran los recuerdos. Hambre, frío, golpes, insultos, dolor, infierno. Aquel hombre, ahora de nuevo frente al terror, es el propio Pahor, que sorprenderá al lector, porque, más allá de lo esperado –la descripción de la locura y el horror–, conmueve recordando atisbos de humanidad en la solidaridad entre los prisioneros, pero también con una prosa casi poética, trascendente y extraordinaria. Una reflexión impagable sobre el dolor, la inteligencia, la solidaridad y la

resistencia. “Tres semanas fueron suficientes para expirar. Primero se fueron precisamente los organismos más fuertes. Éstos suelen tener una naturaleza que no soporta bien la fuerza del impacto inicial. La comida aguada y doce horas de trabajo en los túneles. Dentro, corrientes de aire. Fuera, nieve. Pero esto no fue lo más difícil. Lo que mataba era el ritmo. Salidas rápidas. Regresos rápidos. Tragar rápidamente el pan de munición antes de ser interrumpido por los gritos que apuraban a las tropas a reunirse para contarlas”, escribe Pahor en *Necrópolis*.



Es cierto que la literatura del Holocausto es, y sirve, de ejemplo extremo de resistencia ante lo inesperado. Lo vemos en novelas que, ya fuera de los campos de concentración, incluso antes, exploran esta narrativa del desconcierto y del dolor. Como hace **Irmgard Keun**, compañera sentimental de **Joseph Roth**, en *Niña de todos los países* (Minúscula), escrita y publicada originalmente en 1938. La autora lleva hasta el extremo su exilio personal, convirtiéndolo en las peripecias de una niña, Kully, hija de un escritor exiliado de la Alemania nazi, que sobrevive yendo de ciudad en ciudad y de país en país viviendo exclusivamente en hoteles. Un tema aparentemente frívolo y esperpéntico que nos hiela la sangre al percibir el determinismo con el que afronta la joven protagonista la ausencia de casa, lenguaje, dinero, comida y cualquier otra privación mientras su padre pide prestado algo, escribe algún artículo o libro o abusa cariñosamente de las amistades que consigue.

Esa melancolía se asemeja a la de los habitantes o protagonistas de *Tworcki* (El Acantilado), el manicomio polaco regido durante la ocupación nazi de Polonia por una especie de **Theo Schindler** y que da título a la novela de **Marek Bienczyk**. Ese manicomio se convierte, por gracia del amor, en santuario para unos jóvenes patriotas polacos que tienen motivos para querer pasar desapercibidos, al pertenecer a la resistencia los unos y ser judíos los otros. Jurek Tarambana Príncipe Rana o Jureczek Triste Alma de Alpiste, Janka, Olek, Marcel y Witek pasean por el parque del manicomio hacia el columpio o celebran el cumpleaños de la Reina Sonia como breves estancias en el paraíso, aún con hueco para el amor y la amistad que rescata a los personajes de su fatal destino.

Nada salva, sin embargo, a los personajes de **Herta Müller** en *Todo lo que tengo lo llevo conmigo* (Siruela), quien consigue transformar la brutal experiencia individual de su protagonista, inspirado en el poeta **Oskar Pastior**, en el testimonio de un pueblo: la represión que sufrió la minoría alemana en Rumanía a manos de la Rusia de **Stalin**.

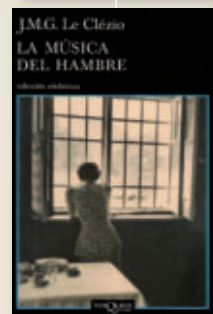
## LA MADRE COMO TESTIMONIO DE SUPERACIÓN

Otro premio Nobel, minoritario a la fuerza como Herta Müller, el francés **J.M.G. Le Clézio** escribió en *El africano* (Adriana Hidalgo Editora), relato biográfico y familiar: “Todo ser humano es el resultado de un padre y de una madre. Se puede no reconocerlos, no quererlos, se puede dudar de ellos. Pero están allí, con su cara, sus actitudes, sus modales y sus manías, sus ilusiones, sus esperanzas, la forma de sus manos y de los dedos del pie, el color de sus ojos y de su pelo, su manera de hablar, sus pensamientos, probablemente la edad de su muerte, todo esto ha pasado a nosotros”. En *La música del hambre* (Tusquets), Le Clézio traslada a una figura femenina, Ethel, el espíritu de su madre. A Ethel Brun la conoceremos de niña, como adolescente y en su primera juventud. En todo ese tiempo, su vida se halla inmersa en el torbellino de la Europa de entreguerras y se extiende hasta el ascenso del nazismo, la II Guerra Mundial, la ocupación francesa, la ruina familiar... y el hambre. Es una joven que soporta valerosamente todas las vicisitudes que van desmoronando a su familia; que, en medio de semejante desastre, se hace con el mando de su propia vida y de su familia; que, finalmente, se convierte en madre y crea su propio mundo. “He escrito esta historia –concluye la voz del autor– en memoria de una muchacha que fue a su pesar una heroína a los veinte años”.

La literatura no siempre ha sabido dar voz al amor de madre. Tan sólo repara extraordinariamente en ella cuando ya no está. Entonces se convierte en un género: en todo un testimonio de

superación. Hay títulos fundamentales, como son los de **Amos Oz**, **James Ellroy**, **Georges Simenon** o **Albert Cohen**, por citar tan sólo algunos. Richard Ford es autor de *Mi madre* (Anagrama), otra obra maestra, pequeña, frágil y extraordinaria. “Ella sabía que yo la amaba, porque se lo había dicho suficientes veces. Y yo sabía que ella me amaba. Eso es todo lo que ahora me importa, todo lo que siempre me importará”. Ella es Edna Akin, la madre de Richard Ford, el gran novelista norteamericano contemporáneo, y el punto de partida de la reconstrucción de la memoria familiar, oculta y desconocida. La historia de una niña a quien su madre hizo pasar por su hermana. De esa superviviente que se casó con un viajante y vivió quince años en la carretera. De esa madre que se quedó viuda a los 49 años y con un hijo adolescente. Esa madre que fue de un trabajo a otro sin detenerse a pensar que la vida era algo distinto a aquello que le había tocado vivir.

Por eso, para **David Grossman**, escritor israelí, escribir es un intento de “comprender todo lo que me ocurre en la vida”. Por eso, *La vida entera* (Lumen) es, quizás, una novela total, una obra portentosa sobre el amor de una madre y sobre la ilusión de la paz. La paz de Palestina e Israel, por supuesto. Aunque la novela es un intenso relato de cómo la guerra, la barbarie, la violencia y el miedo penetran en cada rincón de la vida cotidiana. Orah, una madre cuyo hijo es enrolado en el Ejército israelí, emprende un viaje por el país en el que no cesa de hablar y hablar sobre su hijo, como si ese diálogo desesperado fuese un conjuro para mantenerlo vivo. Algo parecido le sucedió a Grossman, que perdió a su hijo, a **Uri**, por un misil palestino. Es el testimonio



de una voz, de un hombre de literatura, que, al igual que su protagonista, pudiendo optar por la venganza, elige la paz; pudiendo enarbolar el odio, busca el diálogo y la comprensión; en vez de acusar al enemigo, condena la guerra. En cualquier caso, en Grossman se unen una madre heroica, su Orah, y un padre en duelo, el propio Grossman.

Sin embargo, en *Tiempo de vida* (Anagrama), de **Marcos Giral** **Torrente**, es el hijo quien intenta asumir la ausencia del padre, que, aunque físicamente ya no esté presente, seguirá siempre ahí para guiar nuestros actos a modo de iluminación. Porque tarde o temprano la ley de la vida separa a padres e hijos. Tal es así que los hijos deben afrontar de antemano este futuro dolor.

Es lo que sucede en *La isla* (Minúscula), de **Giani Stuparich**. Un texto sorprendente, inesperado, inaplazable. Para **Claudio Magris**, que evoca al autor triestino en un breve epílogo, es “un relato admirable de vida y de muerte, no conjurada sino mirada sin piedad cara a cara”. Ciertamente, embriaga y, pese a todo, reconforta.

## NUEVAS AVENTURAS VITALES

En contrapunto con todo lo anterior bucea **Chris Stewart** en *Tres maneras de volcar un barco* (Salamandra). A casi nadie se le puede escapar que Chris Stewart se hizo célebre con la publicación de *Entre limones* (Almuzara), el divertidísimo relato de un joven inglés que, con tal de no vestir traje y acudir a una oficina, se fue a vivir a un cortijo en las Alpujarras sin agua y sin luz. El libro se convirtió en un fenómeno editorial, hasta el punto de que sumó más de un millón de ejemplares vendidos entre Gran Bretaña y España. Al estilo irónico y fresco, el ex batería de Génesis sorprendió a lectores y críticos porque, entre otras razones, la novela era autobiográfica. El testimonio de un **Gerald Brenan** contemporáneo. Aunque donde Don Gerardo ponía la poesía, Stewart pone su propia caricatura. Además, la fórmula encontró



continuidad con *El loro en el limonero*, aunque ya sin tanto éxito. Stewart, que siempre es capaz de imprimir un contagioso optimismo y un sentido del humor envidiable en sus libros, todos basados en sus propias aventuras (y desventuras) vitales, cuenta sus experiencias tras aceptar

la oferta de una amiga de convertirse en el patrón de un barco de recreo que su familia tiene en las islas griegas. El autor, haciendo gala de su espíritu intrépido, no se planteó rechazar la oferta, pese a que jamás había navegado. Lo que caracteriza a Stewart, por encima de cualquier otra cosa y más allá de un fino sentido del humor inglés, es la permanente tendencia a observar todo desde el ángulo más positivo posible. Incluso las situaciones más dramáticas o potencialmente más peligrosas (y también las más aburridas) suelen mostrarse con una simpatía y una fuerza vital que hacen de su lectura una verdadera lección de optimismo. “Para mí la vida ha sido y sigue siendo un viaje en busca de la belleza, del amor, de la poesía”, afirma. Basta introducirse en uno de sus libros, para comprender que ésa es la verdad de su propia andanza vital. Una verdad que quizás debería seguirse más a menudo para alcanzar la felicidad sin necesidad de dejarse llevar por los imperativos sociales y culturales que arrastran, cada vez con más intensidad, hacia el consumismo desenfrenado y el vacío espiritual y existencial. Pero, si Stewart lo consiguió, ¿por qué no va a ser capaz todo el mundo? Quizás el secreto esté, simplemente, en intentarlo.

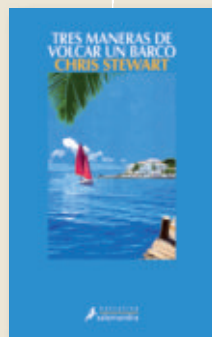
Es lo que intenta Dora en *La señora Really y otros sueños por soñar* (Planeta), la última novela de **Lola Millás**, obra que aborda el “reciclaje del tiempo”, o lo que es lo mismo: la técnica que consiste en “pensar, soñar y tener proyectos a todas las edades”. Eso es lo que la señora Really, una mujer de 70 años con una gran pasión por la vida, le

enseña a hacer a Dora, una joven vecina aburrida con su anodina vida de casada. Sin duda, como afirma la propia Millás, una novela recomendable para tiempos de crisis, “cuando hace falta imaginar, que es lo que hacen estas mujeres”. Detrás de la sencillez de su narrativa, sin embargo, Millás incluye reflexiones sobre el auténtico significado de la vida, el paso del tiempo, que se escapa sin poder atraparlo, la propia identidad, los sueños y, también, sobre esa lucha constante por conseguir que los deseos se hagan realidad.

Aunque a veces, los deseos no son más que *El amor verdadero* (Siruela), título de la reciente entrega de **José María Guelbenzu**, quien narra la historia de amor y lealtad de una pareja, que se prolonga a lo largo de más de cincuenta años de vida, desde 1945 hasta 2005, y es, sobre todo, una reflexión sobre el sentido del amor, sobre el valor del esfuerzo y sobre el deseo de permanencia, complicidad y entendimiento entre dos personas que deciden libremente asumir los riesgos y las consecuencias de intentar mantener vivo su sentimiento a través del tiempo. Sin duda, no hay mayor aventura vital que disfrutar la que está más cerca.

## SOLEDAD ENTRE LA MULTITUD

La soledad puede que sea una enfermedad contemporánea. Ante el temblor de la crisis, la soledad, lejos de ser un aliado, puede convertirse en un muro. Por eso, la aventura de un hombre solo que se siente misteriosamente atraído por un río puede servir de ejemplo. El río es el Delta del Paraná, y el Boga, un personaje que vive en él o, mejor dicho, que vive con él. *Sudeste* (Bartleby) es la prodigiosa novela de **Haroldo Conti** que lo cuenta. El Boga navega solo en una vieja lancha heredada, pescando, por ese “río semejante a la eternidad”. Y ahí Conti se pega a la naturaleza y al hombre con una fascinante





minuciosidad, relatando la existencia inocente, ciega y telúrica, de un ser humano que apenas se distingue del entorno en el que vive salvo por un extraño y terco impulso de libertad. La novela de Conti es una epopeya, marítima, hermosa, sugerente, pero es también el pulso existencialista que alimenta el conflicto esencial del ser y del existir. El Boga ama ese río, como quien ama la vida y se atiene a “lo que hay”. De ella, afirma Guelbenzu: “Ésta es la historia de una vida mínima, anónima, recóndita, cuya grandeza se eleva hasta convertirla en una obra maestra, de las que verdaderamente crean el amor a la Literatura”.

Otros, como el payaso Hans Schnier, prefieren enfrentarse al río, a lo que la vida le tiene reservado. Su mujer le ha abandonado, y esa situación le ha abocado a lo que parece ser el fin de su carrera y la ruina económica. Durante una tarde en Bonn, Schnier se dedicará a repasar su vida a través de conversaciones telefónicas con sus conocidos. De esa manera, **Heinrich Böll** publicó en 1963 *Opiniones de un payaso* (Seix Barral). Schnier es un hombre apolítico y agnóstico, que sólo desea poder ensayar y representar sus números de payaso y amar a su mujer. Sin embargo, las circunstancias políticas y sociales se inmiscuyen en su vida privada, de modo que no le queda otro remedio que tenerlas en cuenta. Y en esto Böll se muestra tremendamente acertado al señalar cómo el hombre no puede permanecer ajeno (ni creer que permanece ajeno) a la realidad que le rodea. No puede obviar que la política le ata, que las reglas sociales le ata, que las decisiones que otros toman le ata, aunque él proclame no tener interés en la política, o las reglas y decisiones que otros toman. Y, con ello, afronta una verdadera reflexión sobre la hipocresía y el catolicismo, sobre la vida y la religión que, con otras aristas, sigue indudablemente vigente.



Otra soledad, ni frente a la eternidad ni frente a la política, sino ante el abandono o el rechazo social, es el que retrata **Paolo Giordano** en *La soledad de los números primos* (Salamandra). Hay números primos más especiales que el resto, y que los matemáticos llaman primos gemelos: parejas de primos casi sucesivos entre los que siempre hay un número par que les impide ir unidos: 11 y 13, 17 y 19, 41 y 43... Están cerca, pero no unidos: y no lo estarán nunca. Del misterio de las matemáticas saca Giordano (Turín, 1982) esta metáfora que define a los protagonistas de esta extraordinaria novela, Mattia y Alice,

dos seres aislados, como perdidos desde la infancia, silenciados por el atrabiliario mundo que les rodea y que no entienden: la familia, el colegio, los amigos... Son números solitarios, infrecuentes, también ellos querrían ser como los demás, números normales y corrientes, pero por alguna razón no pueden. Ambos, aunque por distintos caminos de la naturaleza y azares familiares, van cayendo en un abismo en el que se combinan el autismo emocional y el autocastigo, dos seres introspectivos que sólo encuentran consuelo entre ellos porque, en cierto modo, se reconocen el uno en el otro, pero que, como los números primos gemelos, nunca acabarán por darse alcance y vivir juntos. Siempre habrá otro de por medio. Del mismo modo, que siempre habrá en ellos una sombra funesta que amenaza con la autodestrucción.

## EL GROTESCO MUNDO DEL DINERO

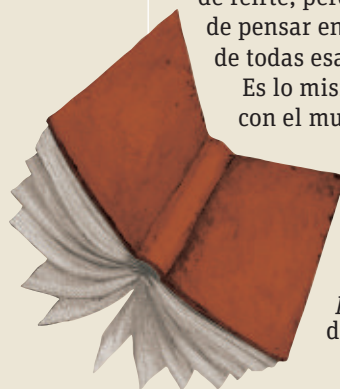
“Con una alta dosis de ironía y con la melancolía propia de los que contemplan con lucidez el fin de una época”, según **Mercedes Montmany** escribe en el prólogo. Eso es

exactamente *Los días contados* (Libros del Asteroide), verdadera joya de la literatura centroeuropea, que **Miklós Bánffy** (Kolozsvár 1873-Budapest 1950) escribió para dar testimonio de una clase decadente que se asomaba sin saberlo a su propio abismo: la aristocracia austrohúngara entre la que creció y que asiste a su propia destrucción en los albores del siglo XX. A través de los ojos de los tres protagonistas principales de esta novela –el joven conde Bálint Abády, su primo László Gyeröffy y su amiga Adrienne Miloth, infelizmente casada–, Bánffy repasa con el rigor de un notario y la grandeza de un poeta los acontecimientos políticos y sociales que llevaron a la caída del imperio. Grandes cacerías, bailes suntuosos, duelos, carreras de caballos, banquetes, fortunas dilapidadas en una mesa de juego, sirven de fondo de una apasionante y profética novela, que aún tiene una lectura contemporánea.

Como también la sorprendente **Franziska von Reventlow** y *El complejo del dinero* (Periférica), publicada en 1916. Una joven alemana de clase alta, de vida alocada y casada por conveniencia, ingresa en una peculiar clínica psiquiátrica para curarse de sus habituales problemas con el dinero. Allí compartirá sus días y sus escapadas con un extravagante conjunto de enfermos muy parecidos –tan divertidos como irritantes– a los personajes de algunas películas de los hermanos **Marx**. O de **Ernst Lubitsch**, con quien ha sido emparentada inevitablemente esta obra irónica, seductora, divertidísima, heterodoxamente feminista, que **Rainer Maria Rilke** definió como “un vodevil, una pieza de cabaret, una fiesta elegante y a la vez muy popular en las montañas... No puedes dejar de reírte, pero tampoco puedes dejar de pensar en lo que hay detrás de todas esas risas”.

Es lo mismo que nos ocurre con el multimillonario Eric

Parker, típico joven, vanidoso y haziado asesor financiero neoyorquino, dueño de una empresa *punto.com*, que decide una mañana



cualquiera de abril de 2000 ir de un extremo a otro de Manhattan en busca de una peluquería en los suburbios de su infancia. A bordo de su limusina extralarga atestada de tecnología, acompañado por un trío de guardaespaldas y dialogando en el trayecto con sus propios analistas de mercados y de conductas sociales, con sus amantes y con su esposa, Parker protagoniza un moderno viaje de iniciación que no es otra cosa que una feroz sátira sobre un mundo anoréxico a causa de los mercados financieros y tecnológicos. **Don Delillo** escribió *Cosmópolis* (Seix Barral) justo en los albores de la crisis de los años 90, que está en el prólogo de la actual. Y ahora se lee no sin cierta angustia. Y es que Delillo describe el estilo de vida americano enfrentándose directamente a la realidad, a la sociedad enfermiza en que vive. Y lo hace sin hipocresía, acentuando la amoralidad social, la perspectiva ilusa del dinero, la falsedad de las relaciones y, sobre todo, esa oscura sombra deshumanizada que se esconde tras las apariencias.

## UN MUNDO EN TRANSFORMACIÓN

El mundo cambia, nada es inmutable. Nuestra realidad se transforma, ajena a veces a nosotros mismos. Pero las mutaciones acabarán afectándonos. Lo cuenta **Ethan Canin** en *América, América* (Salamandra), en la línea de Ford, de **Updike** y de tantos otros narradores norteamericanos del siglo XX. Ricos y pobres, padres e hijos, conformismo y ambición, juventud y madurez. Argumento político y, paralelamente, también familiar sobre la América de **Nixon** y la América del 2006. Pero hay lugares en los que las transformaciones son permanentes, no dan respiro a la estabilidad. “Fui concebido bajo un firmamento iluminado por proyectiles y con la tos asfixiante de los lanzacohetes katiusha como ruido de fondo, y nací poco antes de la Navidad de aquel año que sería el último de la guerra y el primero de la paz”. Así comienza *En mitad de la noche un canto* (Impedimenta), de **Jirí Kratochvíl**, una

alegoría universal sobre la infancia, la pérdida, la búsqueda del padre y de la propia identidad en la Checoslovaquia comunista. En una fantasmagórica ciudad de Brno, bajo la constante vigilancia de un kafkiano *Ellos*, nos introducimos en un laberinto de vidas al límite que se entrecruzan con los convulsos acontecimientos históricos que atravesará el país a lo largo de las últimas décadas. Fantasía y realidad, comedia y tragedia, lo mítico y lo grotesco se entremezclan en la historia de un hijo natural cuya vida está marcada por la necesidad de averiguar la identidad de su padre y, al mismo tiempo, en la historia paralela de un país condenado a renacer.

Siempre acabamos –o casi siempre– adaptándonos. Es el instinto de vivir. Y pocos tan extraordinarios como el que retrata biográficamente **Taha Husein** en *Los días* (Ediciones del Viento), recuperada novela del escritor y político egipcio traducida hace años por **Emilio García Gómez**. Es el ingenuo y hermoso testimonio de descubrimiento del mundo que hace un niño, ciego, de la realidad que le circunda, agria y hambrienta, pero que nos enseña que los verdaderos saberes son los de todos los días: por qué vivimos, por qué enfermamos y morimos, por qué pasamos hambre, frío o soledad, por qué perseguimos el dinero, o la tranquilidad, por qué salimos a la calle a trabajar o a buscarnos la vida, por qué cuidamos de una familia...

La buena literatura siempre resistirá. Mientras persistan escritores como



**Pablo d'Ors** en “contemplar y crear”, como en algún momento de *El amigo del desierto* (Anagrama) afirma Pavel, su protagonista desde una casa de Beni Abbès, con el desierto del Sahara como un infinito mar de fondo. Hemos llamado protagonista a Pavel, quizás de un modo convencional, porque en esta novela del siempre sugerente d'Ors el protagonismo habita en la búsqueda del hombre interior, en el paisaje, en las ideas, en el silencio. En cierto modo, estamos ante una novela mística, profunda, parabólica, si cabe. En cierto modo, es como dice Pavel, que se inscribe en una asociación llamada “Amigos del desierto”, y que frente al

Sahara ve cómo se transforma su vida y su corazón: “Me limito a contemplar el paisaje y a reproducir la esencia de lo contemplado en unos pocos trazos, convencido de que en esa contemplación y creación radica el único éxito posible de toda búsqueda”.

Contemplación y creación son, quizás, las dos grandes herramientas de transformación, en cualquier tiempo y lugar. Son las mismas de las que nace la literatura y, visto por **Héctor Abad Faciolince**, su consecuencia. “El delicioso arte de la lectura”: que nos hace sentir y nos hace pensar, porque es capaz de sacarnos de nosotros mismos. “Un individuo, una persona sola es casi siempre muy poca cosa –afirma el autor colombiano–. Gracias a los libros, ponemos a prueba nuestra escasa experiencia del mundo con la múltiple experiencia de grandes hombres y mujeres del pasado y del presente. De ahí esa gran capacidad transformadora que tiene la lectura. De ahí también su gran fascinación. Lo primero que yo vi que hacían los libros era que transformaban a mi padre, que me lo devolvían mejor de lo que llegaba. Yo desde eso me fabriqué una de mis pocas certidumbres: los libros nos transforman, la lectura nos transforma. Y quiero creer que casi siempre nos transforman para bien, para más, para mejor”.